

UN TENIENTE, UN CAPITÁN Y MARIO VARGAS LLOSA

Cap. EP Carlos Freyre Zamudio

Dos novelas y dos películas después, “La ciudad y los perros” y “Pantaleón y las Visitadoras”, se han convertido en la leyenda más creíble sobre la personalidad de los militares peruanos del siglo XX para la ciudadanía. No por gusto la frase “qué me mira cadete”, es una de las más célebres y frecuentes del variopinto repertorio criollo que suele multiplicar jergas y dichos con la misma abundancia que florece en recetas, creencias y mejunjes. Bastaron dos años de convivencia castrense en el Colegio Militar Leoncio Prado para que MVLL y su pluma magistral describieran un mundo en el que la disciplina, formación y cumplimiento castrense se entrevera con el caos formativo de un tumulto adolescente y el humor tropical del meretricio andante.

No es intención de estas líneas ensayar los argumentos de ambas obras ni su repercusión en la literatura, sino centrarse en dos hombres que sospecho que MVLL ha visto o ha oído en su corta peregrinación por el Leoncio Prado: el teniente Gamboa y el capitán Pantaleón Pantoja. Si se quiere establecer un símil, ambas novelas hacen descripciones críticas de los estamentos castrenses. En su momento, fueron proscritas por los gobiernos militares de turno. En el caso de “La ciudad y los perros” es la odiosa represión de la disciplina en adolescentes, internos en un colegio militar con códigos de justicia propios y el cuestionamiento del orden moral por encima del heroísmo y en la segunda, la incólume convicción de un oficial por el cumplimiento de las órdenes que lo lleva a establecer un servicio de visitadoras que hace funcionar con la precisión de una escuela de formación. Pero el símil que se rescata por encima de los argumentos es la construcción de las personalidades de Gamboa y Pantoja.

Gamboa, el oficial modelo

Gamboa representa la corrección, el mando, el porte, la disciplina. A lo largo del desarrollo de la novela, rescata de él su vocación militar y la compara con la del resto de oficiales que se hacen presentes a lo largo del relato. Más adelante, hace una precisión sobre el saludo castrense, que se mantiene aún, a pesar de que la novela

fue publicada en 1963, que MVLL estuvo en el colegio militar en 1958 y que los reglamentos han sufrido modificaciones sustanciales desde esa fecha: “los soldados y cadetes del colegio advertían que Gamboa era el único oficial del Leoncio Prado que contestaba el saludo de sus subordinados; los otros se limitaban a hacer una venia y a veces ni eso” La cualidad del saludo, se ha mantenido intacto hasta el día de hoy. El reglamento de Servicio Interior del Ejército (Sección III. Párrafo 269) dice en cuanto al saludo: “El saludo es una de las demostraciones que más evidencian el espíritu y la disciplina del Militar. Es obligatorio de grado a grado en todas las clases de la jerarquía”

Gamboa representa el sentido de la justicia en el contexto del cadete: “todos dicen, el teniente Gamboa es el más fregado, pero el único que es justo”. Es el que impone el orden con su sola presencia y el que arriesga su propia carrera cuando cree que está tomando una decisión, a todas luces, correcta. Incluso su comportamiento en campaña es la de un oficial de entera vocación: “él amaba la vida militar precisamente por lo que otros la odiaban: la disciplina, la jerarquía, las campañas (...) El capitán miró a Gamboa; tenía el rostro sereno los puños apretados y lo único excepcional era su mirada móvil: brincaba de un punto a otro, se animaba, se exasperaba, sonreía...

A lo largo del desarrollo de la obra se va rescatado una serie de escenas y frases del teniente Gamboa que lo describen puntualmente. Si tenemos en cuenta que para los escritores la ficción parte de una realidad existente, entonces Gamboa no es producto de un trabajo meramente imaginario; el teniente existió. Su espíritu y sus convicciones fueron captados por el escritor durante su tránsito en el colegio y su conducta trascendió a las páginas de la novela. A veces, después de un tiempo los escritores sueltan prenda de su personaje real para elaborar sus creaciones; casi siempre referidas a su entorno próximo o a una vivencia personal. Lo hizo García Márquez varias veces para explicar de donde sacó a Macondo. En este caso, nos quedamos con la interrogante por resolver: ¿quién fue, en realidad, el teniente Gamboa?

Pantaleón y la perfección de los procedimientos

En el caso del capitán de intendencia Pantaleón Pantoja, sus propias cualidades: inteligencia, vocación para el cumplimiento del deber, responsabilidad e incluso precisión para acatar las órdenes, lo convierten en el individuo ideal para establecer un servicio de lenocinio itinerante que sirva a las necesidades de los sacrificados soldados de los puestos de vigilancia. Vargas Llosa hace una descripción sobre obsesión del capitán por realizar tareas habituales a la perfección: “pero rígido, el

teniente Pantoja observa ahora el reparto del desayuno de los soldados; sus labios van contando sin hacer ruido y, fatídicamente, cuando llega mudo a 120 el cabo de rancho sirve el chorrito final de café y entrega el pedazo de pan número ciento veinte (...) pero ahora el teniente Pantoja vigila, hecho una estatua, como unos soldados descargan del camión costales de abastecimientos; sus dedos siguen el ritmo de la descarga como un director de orquesta los compases de una sinfonía ...”

Luego, el escritor zambulle la virtud de Pantoja en la exageración. La excelencia se convierte en un mecanismo de burla. El oficial no deja de ser militar en ningún momento, no pierde las formas, trata con respeto a sus superiores, elabora informes burocráticos con pulcritud y esmero y acuartela a las visitadoras como soldados, las hace pasar lista, las involucra en el trabajo y las dota de “espíritu de cuerpo”. Pero si rescatamos al oficial de la sorna en la que lo envuelve el escritor que le da vida en la ficción, podemos discernir la vocación por el cumplimiento del deber a expensas de todo.

Y aquí, nuevamente la interrogante salta a la palestra: ¿quién fue Pantaleón Pantoja en la vida real? Si tenemos en cuenta que después del Colegio Militar MVLL no volvió a poner los pies en algo que se parezca a un cuartel, quizás el capitán de intendencia y brigadier de su promoción haya transitado por los grises pasadizos y cuadras del internado de La Perla. Quizás. MVLL no incluye en sus memorias mayor trato con militares –al contrario, huye de su presencia- pero elabora los partes y manifestaciones que alimentan varias páginas de la novela en un tono evidentemente castrense, casi de auxiliar de estado mayor.

En suma, ambos personajes representan algo que ha marcado la vida y la pluma del escritor. El ideario del militar correcto que de una u otra manera debe haberlo impresionado en su juventud.

Carlos Freyre Zamudio, es capitán del Ejército, nació en Lima y estudió en el colegio Juan XXIII de Moquegua. Egresó de la Escuela Militar de Chorrillos como integrante de la promoción “Capitán Raúl Jiménez Chávez” el año 2000 y obtuvo la Medalla Académica del Ejército en el grado “Al Mérito” y posteriormente “Distinguido”. Ha realizado los cursos de Operaciones Sicológicas y Comando en la Infantería de Marina. Ha publicado dos novelas y dos libros históricos durante los últimos años.